

Ignacio Torres Giraldo y Juan de Dios Romero. Dos Trayectorias biográficas en el deslinde de la izquierda colombiana, 1933-1936*

*Ignacio Torres Giraldo y Juan de Dios Romero. Two biographical trajectories
in the boundary of the Colombia left, 1933-1936*

JORGE ALBEIRO HOLGUÍN PEDROZA

El Colegio de Michoacán (México)

<http://orcid.org/0000-0003-4348-5071>

jorgealbeiroholguin25@colmich.edu.mx

*Cuando a un marxista se le aparece un brujo con barbas y cucharas,
con yerbas y sonajeros no sabe qué hacer, se caga del susto,
no lo mira, no lo respeta, porque el brujo no es científico, no es marxista.
Olvida que este país está lleno de brujos y de brujerías*

Jaime Bateman Cayón (1983), comandante general del M-19

RESUMEN

Este artículo trabaja en perspectiva comparada las trayectorias biográficas de Ignacio Torres Giraldo y Juan de Dios Romero Guarín. El primero, posee un destacado lugar en la historiografía colombiana debido a su liderazgo en el Partido Comunista de Colombia (PCC) y sus actividades como escritor; el segundo, ha sido presentado como una figura marginal y muchas veces negativa por el PCC o investigadores afines a su línea política. El texto se concentra en los años centrales de la década de 1930 y examina cómo desde las trayectorias de los dos personajes se pueden comprender mejor las formas de diversificación de la acción colectiva de los trabajadores y las novedosas alianzas entre distintos movimientos sociales y partidos políticos. El trabajo analiza archivos personales desconocidos por los historiadores hasta hace unos años.

Palabras clave: Trayectorias biográficas, acción colectiva, izquierda, Partido Comunista de Colombia, sindicalismo.

* Este artículo presenta algunos avances de la tesis doctoral titulada: «Ignacio Torres Giraldo y Juan de Dios Romero: trayectorias biográficas y acción colectiva de la izquierda en Colombia, 1910-1953», que adelanta el autor en el marco del programa de doctorado en historia en El Colegio de Michoacán, México. La investigación ha contado con la asesoría de la Dra. Verónica Oikión Solano y el apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT).

ABSTRACT

This article compares the biographical trajectories of Ignacio Torres Giraldo and Juan de Dios Romero Guarín. The first one has a prominent place in Colombian historiography due to his leadership in the Communist Party of Colombia (PCC) and his activities as a writer; the second one, has been presented as a marginal and often negative figure by the PCC or by researchers related to its political line. The text focuses on the pivotal years of the 1930s and examines how the trajectories of these two figures help us to better understand the growing diversification of workers' collective action and the new alliances between different social movements and political parties. The work analyzes personal archives unknown to historians until a few years ago.

Keywords: Biographical trajectories, collective action, left, Communist Party of Colombia, unionism.

INTRODUCCIÓN

Pocos días antes de morir Juan de Dios Romero (1888-1958) ofreció una entrevista al periódico *El Crisol*. En ella relató sus principales proyectos desde 1916, la efervescencia del primer socialismo en Colombia y se consideró heredero de la tradición del «gran partido liberal», a pesar de los conflictos recurrentes que tuvo con ese partido y sus dirigentes a lo largo de su vida. Dijo no desear homenajes por su papel como luchador social pues nunca había «sufrido de delirios de grandeza»,¹ sin embargo su trayectoria biográfica deja ver su gran incidencia en el proceso formativo y las principales luchas del movimiento obrero colombiano en la primera mitad del siglo XX. Fue uno de los fundadores del Partido Socialista Colombiano (PSC, 1919) y fomentó la creación de sindicatos en sectores muy diversos de la economía, en la que destaca su estrecha vinculación con las obreras de la industria fosforera, los trabajadores ambulantes de Bogotá y las organizaciones campesinas del Sumapaz. También escribió importantes manuales sindicales² y dirigió los periódicos *El Socialista* (1921-1935) y *América* (1937-1951)

La otra mitad de esta historia la protagoniza Ignacio Torres Giraldo (1893-1968). Destacado dirigente del movimiento obrero que desde su expulsión del Partido Comunista de Colombia (PCC) en 1942, organización de la que fue secretario general entre 1934 y 1938, llevó una prolífica vida de escritor. Entre sus principales obras se cuenta una zaga titulada *Cinco cuestiones colombianas*, en la que aborda la cuestión indígena, el imperialismo, el sindicalismo, la industria y el campesinado; pero su obra cumbre fue *Los Inconformes*, una voluminosa interpretación de la historia de Colombia que tiene a las

1 «Treinta años de apostolado periodístico. Juan de Dios Romero hace la historia anecdótica de su vida», *El Crisol*, 11 de junio de 1958, Fdo. Juan de Dios Romero, Recortes de prensa, caja 4, carpeta 1.

2 Dos muy destacados fueron: *Problemas de las trabajadoras domésticas* (1933) y *Manual sindical: para los obreros, campesinos, empleados, intelectuales y trabajadores en general* (1954), textos en los que se dirigía a un público no especializado y de múltiples edades, en un lenguaje sencillo y útil, desarrollando conceptos elementales en forma general.

clases subalternas como actores principales.³ Fue director del periódico *La Humanidad* (1925-1927), fundador del Partido Socialista Revolucionario (PSR, 1926) y coordinador para Colombia de la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA). Se formó en la Escuela Internacional Leninista en la URSS entre 1929 y 1933 y mantuvo vigorosas relaciones con dirigentes comunistas latinoamericanos.

Esta investigación hace parte de una corriente denominada el giro biográfico y se enmarca en el campo de la historia social de la izquierda. Como argumenta María Sierra, desde hace varias décadas la biografía dejó de considerarse un género historiográfico puro: «la potencia heurística de la biografía -como la de cualquier forma de hacer historia- se refuerza con el mestizaje y con el uso heterodoxo, artesanal, adecuado a cada caso e intención» (Bolufer, 2016: 22). El reto es equilibrar las dimensiones individuales propias de la biografía política con las dinámicas sociológicas y culturales de los contextos a los que pertenecen los sujetos. Esto porque detrás de la distinción elemental que solemos hacer entre historia de los acontecimientos y la historia social, subyace una fuerte tensión «sobre qué cosa es un acontecimiento y un individuo, cómo se convierten en tales, cuál es su relación con el mundo histórico, etcétera» (Burdíel, 2014: 53-54).

En este orden de ideas, el objetivo general de este trabajo es detectar, en perspectiva comparada, las distintas formas de acción colectiva que promovieron Ignacio Torres Giraldo y Juan de Dios Romero entre 1933 y 1936, años decisivos para el deslinde de las tradiciones de la izquierda colombiana.⁴ Luego en la parte final del texto ejemplifico con un hecho puntual, la creación de la Central de Trabajadores de Colombia (CTC), las memorias contradictorias de ambos dirigentes sobre los primeros intentos de unidad de la izquierda y finalizo con algunas hipótesis en torno a las tradiciones socialistas que influyeron las trayectorias de ambos personajes.

Por otro lado, cuando hablo de comparación pienso en los términos expuestos por Skocpol y Somers, quienes sostienen que una de las tres formas más habituales de comparar es hacerlo a través del contraste de contextos (1980: 175). Considero que la principal virtud de un estudio de este tipo es que permite escribir una historia social desde la experiencia de múltiples actores. Comparar las trayectorias de dos sujetos que participaron de la creación de partidos y movimientos políticos, compartieron espacios de creación, debate y defensa de los trabajadores en distintos congresos obreros y sindicatos, permitirá comprender dimensiones específicas de la experiencia política de los revolucionarios colombianos.

3 Estas obras fueron escritas entre 1942 y 1953, pero se publicaron de forma desigual en las décadas de 1960 y 1970.

4 Abordo el concepto de acción colectiva identificando lo que Sidney Tarrow denomina repertorios de acción (1997). Me interesa comprender de qué forma Torres y Romero influyeron, directa o indirectamente, en el desarrollo de las huelgas al interior de las fábricas, la toma de decisiones al interior de los movimientos sociales, la ocupación instalaciones públicas o privadas, o las movilizaciones en espacios públicos de las y los militantes de izquierda.

Se trata de un periodo de transición y reajustes al sistema político bipartidista que había resultado de la guerra civil de 1899-1902. Con la llegada de Alfonso López Pumarejo a la presidencia se profundizaron las diferencias entre las corrientes que componían el Partido Liberal. Para 1933 ya era claro que existía un ala moderada, un sector progresista acorde con la renegociación acerca del papel del Estado en la economía y una facción izquierdista que luego se agruparía en la Unión de Izquierda Revolucionaria (UNIR), en cabeza de Jorge Eliécer Gaitán. Por su parte el PCC había iniciado la búsqueda de unos nuevos equilibrios de poder. En pocos años intentó romper con sus herencias del socialismo revolucionario, en su propósito de crear un Frente Único del Proletariado, paralelo a que aspiró a cargos de representación en el parlamento y otras corporaciones regionales. También los movimientos sociales iniciaron un vertiginoso proceso de organización sindical que contaba con la venia del nuevo régimen liberal.

Inicialmente los comunistas cerraron los caminos a socialistas y anarquistas de la década pasada, hasta que a finales de 1935 promovieron un bloque antifascista que respondía a los acuerdos del VII Congreso Internacional de la Komintern, y que fue conocido internacionalmente como Frente Popular. Y si bien algunos historiadores consideran que en el caso colombiano esa iniciativa terminó por reducirse a un apoyo de las fuerzas de izquierda al progresismo liberal, la realidad al interior del movimiento sindical fue mucho más compleja (Pécaut, 2001; 252-255). Entre 1933 y 1935 algunos militantes ingresaron al PCC, otros colaboraron con el Partido Liberal o la UNIR y unos pocos continuaron su labor sindical de forma independiente, tendencias que se mantuvieron en conflicto aún luego de iniciadas las reformas lopistas.

Esto es de gran relevancia para los propósitos de este trabajo si se considera que el entronque que Torres Giraldo tuvo con el materialismo histórico soviético, por un lado, y el pragmatismo teórico socialista que caracterizó a Juan de Dios Romero,⁵ por otro, les otorgó a ambos sujetos y a las acciones colectivas que impulsaron, una especificidad muy clara que sesgó sus respectivas valoraciones del ordenamiento social. Los énfasis son evidentes. Por ejemplo, los relatos autobiográficos de Torres sobre los años treinta dejan ver su distancia entre la expectativa que este líder tenía de los movimientos sociales y la realidad histórica de éstos. Para él los sectores artesanales, mismos con los que trabajó intensamente Juan de Dios Romero, representaban un «horrible quebradero de cabeza» y esto se debía, en sus palabras, «a ideas esotéricas o embelecos de moda que pegaban fácilmente en ese público de rueda suelta» (Torres, 2016: 265).

Ignacio Torres procuró que su experiencia en el PCC pasara por el plano de la memoria. Él organizó y comentó una parte importante de sus documentos personales

5 Con pragmatismo teórico me refiero a un enfoque de socialismo mestizo. Por ejemplo, algunas fuentes describen a Romero como admirador de Lenin y Trotsky. Pero también autores como Edgar Caro advierten que en la definición de socialismo de Romero «varios aspectos de la tradición revolucionaria se conjugan: educación, ciencia, igualdad y propiedad colectiva son los criterios que se ponen como fundamentos para la liberación de la clase obrera» (2017b: 39-40).

para orientar a los estudiosos de los movimientos sociales sobre los aspectos trascendentales de su trayectoria. Y sin duda lo logró, pues sus libros son de gran utilidad para los historiadores sociales. Son documentos con un alto valor testimonial y, ciertamente, su influencia ha sido determinante en las historias del movimiento obrero escritas desde la década de 1960,⁶ pero con el bemo de la escasa reflexión sobre su especificidad y la orientación política que subyace en ellas.⁷

En contraste, desde 1932 Juan de Dios Romero intentó forjar una carrera como abogado laborista y asesor sindical independiente. En su trayectoria es posible vislumbrar las formas de organización y los propósitos de los vendedores de lotería, los lustrabotas, las trabajadoras domésticas y los fotógrafos ambulantes; sin duda, los grupos sociales más empobrecidos y estigmatizados dentro de los trabajadores. Por otro lado, salvo sus aportes puntuales a la definición de los primeros socialismos en Colombia y su participación en el periódico *El Socialista* (Caro, 2017a; 38), este dirigente ha sido descrito en algunos documentos institucionales del PCC como un hombre peligroso que siempre se mostró renuente al trabajo colectivo con otras fuerzas de izquierda (Vanegas, 2013: 52 y 72).

Esto ha afectado el interés de los investigadores por la experiencia de Juan de Dios Romero, en particular, al igual que otros representantes de la izquierda colombiana, en general, quienes por desarticularse de la disciplina del Partido Comunista o el Partido Liberal, no tienen un lugar más destacado en la historia contemporánea de Colombia y América Latina.⁸ Esto es central, pues este trabajo evita desarrollar el problema en una dimensión exclusivamente ideológica, desde la cual las diferencias entre corrientes y facciones parecen más síntomas del sectarismo político y la poca disposición para la acción conjunta, que fruto del conflicto entre múltiples actores sociales, sin duda las razones más importantes de los conflictos al interior de la izquierda colombiana.

Lo importante, desde mi punto de vista, es reconstruir los lazos entre las distintas formas de experiencia política y acción social colectiva, en la medida en que a lo largo de sus trayectorias los dos sujetos participaron activamente tanto en la política orgánica de los partidos y organizaciones, como en la creación de sindicatos y la defensa de los trabajadores individual y colectivamente. Y si bien algunas importantes investigaciones históricas han allanado el camino,⁹ aún prevalece el hábito de pensamiento que considera a los trabajadores vinculados con las economías de exportación (banano,

6 Al respecto, Alexander Betancourt sostiene que el interés de la historiografía por Torres Giraldo es principalmente testimonial, pues «no bastaron los sujetos a los que apeló, ni los principios políticos desde los que plasmó su interpretación de la historia nacional para convertirse en un renovador de los estudios históricos nacionales» (2007: 53)

7 Ya en 1994 María Tila Uribe advertía este hábito entre los historiadores, cuando decía: «los Inconformes han sido el punto de partida, pero quizá, por tratarse del único protagonista con cargo directivo en el PSR, se han tomado muchas de sus citas sin ningún reparo» (2015: 197-198).

8 En 2017 el archivo personal de Juan de Dios Romero fue donado al Archivo General de la Nación de Colombia por Clara Rousseau Romero, nieta de este dirigente.

9 Sin duda, el mejor ejemplo es el magistral trabajo del profesor Mauricio Archila Neira (1991).

petróleo y café), las empresas del sector público y los obreros fabriles de las industrias de Medellín y Bogotá, como el corazón de la clase obrera colombiana de la primera mitad del siglo XX.

JUAN DE DIOS ROMERO Y LA ACCIÓN COLECTIVA DE LAS IZQUIERDAS

Con la llegada de los liberales a la presidencia de Colombia en 1930, afloraron tensiones entre las diversas corrientes ideológicas que componían el Partido Liberal a propósito de la profundidad de las reformas sociales y económicas que necesitaba el país. La principal disidencia liberal se organizó en torno a la figura de Jorge Eliécer Gaitán,¹⁰ quien en 1933 fundó, junto con Carlos Arango Vélez, la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria –UNIR– (Braun, 1998:121). Pasados tres años de la administración de Enrique Olaya Herrera, el impulso de planes de vivienda y aprobación de importantes leyes que favorecieron la organización sindical de los trabajadores, al menos de forma nominal, eran insuficientes. Temas neurálgicos del programa social como la reforma agraria seguían aplazados debido a la fuerte presencia que aún mantenían los conservadores en el parlamento, y el presidente, siempre gradualista, no mostraba intención alguna de romper el delicado equilibrio bipartidista que le permitió llegar al poder como el presidente de la Concentración Nacional (Tirado, 1979: 144).

La acción colectiva que propició la UNIR en los departamentos de Cundinamarca y Tolima, y el conocimiento especializado en derecho que tenía Gaitán, representaba una alternativa atractiva para la resolución de los conflictos de los colonos por vías jurídicas, mismos que Catherine Legrand describe como «extremadamente lentos y engorrosos», cuando se trataba de litigios que se dirimían por los canales burocráticos del Estado (2016: 212). Esa organización bebió del pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre¹¹ y, como sostiene Herbert Braun transformó la retórica que alimentaba formas de relación abstractas entre los dirigentes liberales y sus bases sociales. Gaitán obtuvo un gran prestigio como dirigente de masas y acercó al liberalismo popular a la izquierda, mismo que había sido oposición política durante cuatro décadas. Sin duda, la UNIR «reflejaba la creencia de su jefe que la política debía asistir al pueblo en sus quehaceres cotidianos» (1998: 122-123).

Para 1934 esa organización logró atraer antiguos militantes socialistas y anarcosindicalistas que se habían apartado del proceso formativo del Partido Comunista de Colombia (PCC). Éstos, apoyaron a Jorge Eliécer Gaitán y se proyectaron a la competencia

10 Jorge Eliécer Gaitán Ayala (1903-1948) fue un político liberal y abogado colombiano. Fue alcalde de Bogotá, ministro de educación, congresista, rector de la Universidad Libre y dos veces candidato a la presidencia de la República de Colombia.

11 Haya de la Torre (1895-1979) fue un pensador y político peruano. En 1924 fundó en México la Alianza Popular Revolucionaria (APRA), organización nacionalista y antiimperialista que tuvo importante influencia ideológica en América Latina.

electoral en Bogotá y Cundinamarca en las elecciones parlamentarias de 1935.¹² Pongo por caso a Luis A. Rozo, reconocido anarquista bogotano quien en mayo de ese año asumió como inspector general de esa organización. También Carlos Melguizo y Erasmo Valencia hicieron parte de las listas uniristas.¹³ Y aunque los resultados de los comicios no respaldaron electoralmente a la UNIR y de nuevo el Partido Liberal dominó las elecciones, el aparente fracaso de esa organización estuvo acompañado del afianzamiento de nuevas formas de acción colectiva y la transformación vertiginosa de las tecnologías políticas al interior de la izquierda.

Por ese entonces Juan de Dios Romero ya era identificado por los movimientos sociales en Bogotá y Cundinamarca como un defensor de los trabajadores ante la Oficina General del Trabajo, actividad que creció exponencialmente en el periodo presidencial de López Pumarejo y que permitió la consolidación del *abogado laborista* como un actor social medular en la defensa de los pliegos de peticiones de los trabajadores. Es importante subrayar que si bien es cierto Juan de Dios Romero no se articuló de forma definitiva al proyecto político de la UNIR, sí colaboró con esa organización en momentos concretos. Un ejemplo fue la huelga de los trabajadores de la Cervecería Germania, en junio de 1934. El pliego de peticiones elaborado en compañía con Jorge Eliécer Gaitán, «combinaba, novedosamente para la época, reivindicaciones salariales con aspectos específicos como el establecimiento de escuelas para los hijos de los trabajadores» (Archila, 1991: 278).

Dicha huelga despertó la solidaridad de otras organizaciones obreras asesoradas por Romero. El más activo fue el Sindicato de Vendedores de Billetes de Lotería, que aprovechando la celebración de su cuarto aniversario de fundación, se sumó a la huelga de los trabajadores de Germania. Los vendedores de lotería fueron muy claros frente a la posibilidad de que los patrones diluyeran la huelga con amenazas de despido de sus principales dirigentes. Ultimaron: «notificar al Sr. Rudolfo Kohn que si estos elementos son destituidos, las organizaciones a su vez declararán el boicoteo a los productos de la mencionada fábrica.» El comunicado termina con un llamado a la solidaridad de otras «corporaciones obreras» a través de pequeñas contribuciones económicas que ayudarían a mantener la protesta por un periodo prolongado, así como la distribución de pasquines informativos y la divulgación del comunicado en las prensas obreras de la capital.¹⁴

Sin embargo, fue con el proletariado femenino con quien Juan de Dios Romero estableció sus vínculos más perdurables. En 1933, en la primera reunión del Sindicato de Trabajadoras Domésticas, Romero pronunció un discurso en defensa de las mujeres que luego se distribuyó en forma de folleto en Bogotá. En esa ocasión este dirigente denunció la condición de sobreexplotación que sufrían «las criadas, las sirvientas, las muchachas,

12 «Sus candidatos son prenda de garantía para las clases trabajadoras», *Unirismo*, 04 de mayo de 1935.

13 «Luis A. Rozo inspector general de la UNIR», *Unirismo*, 23 de mayo de 1935.

14 «Vendedores de loterías reafirman su adhesión a la huelga de Germania», *Unirismo*, 02 de agosto de 1934.

las domésticas, las fámulas o como quiera llamárselas».¹⁵ Las trabajadoras del servicio doméstico no eran reconocidas como trabajadoras formales y hacían parte de una macabra red que garantizaba a las familias poderosas de la capital colombiana contar con una muchacha pobre, por lo general de procedencia campesina, que se encargaba de todos los oficios domésticos en jornadas que superaban las 15 horas de trabajo. Estas mujeres carecían de un sueldo periódico y se les pagaba con comida; no gozaban de seguridad médica de ningún tipo y ocasionalmente eran golpeadas y abusadas sexualmente por sus patrones, cuando no expulsadas sin justificación de las casas donde trabajaban.¹⁶

Las que contaban con suerte lograban transitar del servicio doméstico al trabajo domiciliario para las fábricas de fósforos de la capital. El mecanismo era el siguiente: se les confiaba una materia prima a cambio de un monto de dinero que les permitía a las mujeres trabajar en sus residencias con la meta diaria de fabricar 1000 cajetillas. Por un único jornal trabajaban ellas y sus hijos.¹⁷ Esta modalidad de sobreexplotación era conocida como «obreras a domicilio» y permitía a la Compañía Fosforera Colombiana maximizar sus ganancias sin aumentar su carga salarial. Ese consorcio llegó a controlar el 80% de la producción fosforera del país con fábricas establecidas en Bogotá, Buga y Barranquilla.

Así las cosas, el accionar de este líder empezó a dividirse en dos esferas principales. La primera, en una dimensión interna, asesoraba a las obreras para enfrentar irregularidades puntuales o arbitrariedades cotidianas, como sucedió en septiembre de 1935 con un reclamo que elevaron las obreras del Sindicato de Fósforos El Ruiz contra la tesorera de la empresa por no establecer un día concreto para la realización de los pagos, asuntos que eran propios del reglamento interno de la fábrica. También las asesoró en la creación de fondos de seguridad social para casos de enfermedad y obligó a las directivas a aclarar el sistema de entrega de materiales. Esto hace suponer que las «obreras a domicilio» muy seguramente eran despedidas con la excusa de no consignar la manufactura acorde con la materia prima entregada; prácticas injuriosas y desleales bastante comunes de los patrones para con las mujeres del servicio doméstico.¹⁸

En otra dimensión más amplia Juan de Dios Romero apareció como defensor de estos sindicatos frente a las instituciones que regulaban el trabajo y el cumplimiento de los pactos establecidos entre los trabajadores y las empresas; esto, ante la imposibilidad de solucionar los conflictos laborales con los recursos antes mencionados. Incluso en 1935 el Sindicato de Obreras Cajetilleras de El Ruiz, presentó un extenso pliego de peticiones que se resumía en los siguientes puntos: 1) un incremento del 50% en los pagos por cada lote de cajetillas encargado; 2) el suministro de materias primas suficientes para el cumpli-

15 «Problemas de las trabajadoras domésticas», 1933, Fdo. Juan de Dios Romero, Producción intelectual, caja 3, carpeta 3.

16 *Ibid.*

17 «Las obreras de la fábrica de fósforos El Ruiz relatan la historia de la empresa», 17 de enero de 1951, Fdo. Juan de Dios Romero, Asuntos sindicales de las cajetilleras de fósforo, caja 1, carpeta 4.

18 «Carta a Julia Monsegny», 21 de septiembre de 1935, Fdo. Juan de Dios Romero, Asuntos sindicales, caja 1, carpeta 2, fol. 36.

miento del trabajo diario; 3) un sistema de ahorros bancario para el sindicato, mismo que se sostendría con los intereses de los montos de dinero que depositaban las obreras como garantía para la entrega de los materiales; 4) la entrega semanal y obligatoria de dos cajas de fósforos para cada obrera como parte de sus ganancias, mismas que no se descontarían del sueldo; 5) un seguro de accidentes y el pago de bonificaciones de un peso por días festivos laborados y primas anuales de diez pesos para cada obrera.¹⁹

Como puntualizamos en el caso de la protesta de los obreros de Germania, las negociaciones en las que intervenía Juan de Dios Romero se dilataban varias semanas y aunque en ocasiones existieron sabotajes, los trabajadores evitaban la violencia y sus protestas no desembocaban en la toma o destrucción de las instalaciones de las empresas. Respecto a los pliegos iniciales su efectividad era relativa, sin embargo el desgaste de las conversaciones entre el sindicato y los empresarios garantizaban la obtención de algunos puntos importantes, sobre todo, los que protegían las leyes 83 y 129 de 1931, como sucedió con la huelga del sindicato de El Ruiz y la final intervención del ministerio de hacienda que obligó a la empresa a no cobrar por la entrega de materiales a sus trabajadoras.²⁰

Pero el esfuerzo de este dirigente iba más allá de la redacción de pliegos petitorios con reivindicaciones puntuales y la asesoría sindical para que los patrones cumplieran con la legislación obrera. En varios de sus escritos es posible detectar el aprovechamiento del espacio de oportunidad política que brindaron los primeros años de la República liberal, para luchar por las condiciones materiales mínimas con que los trabajadores iniciarían la defensa de su condición de clase y proyectarían la construcción de su propio proyecto histórico. Expongo por caso un escrito de 1935 donde este dirigente criticó fuertemente la injerencia de los partidos en la organización de los sindicatos, pues si bien reconocía que el auge liberal permitía el avance «consecuente sobre las necesidades y reivindicaciones de las clases trabajadoras», otras prácticas de ese partido estaban orientadas a contener la acción revolucionaria. Ese tipo de sindicatos decía Romero:

representan únicamente los intereses del capitalismo usurario del patronato absorbente que patrocina este sistema de sindicalismo para impedir el empuje de su acción sindical y negarle al proletariado sus derechos naturales, su razón de ser y convertir a los obreros, a los campesinos y a los empleados en rebaños inconscientes, que trabajan en las empresas a cambio de un salario que mengua la vida, y su condición de seres libres.²¹

En su lógica los sindicatos debían robustecerse como una tecnología social autónoma e independiente, pues los partidos al ser principalmente organizaciones de carácter político tenían una visión instrumental de los sindicatos, cualquiera que fuese su orientación

19 «Huelga de fósforos El Ruiz», *El Bolchevique*, 24 de marzo de 1935.

20 «Resonante triunfo obtiene el sindicato obrero de la fábrica de fósforos El Ruiz», *Pluma Libre*, 02 de noviembre de 1935.

21 «La escuela, el periódico y el libro», 1935, Fdo. Juan de Dios Romero, Producción intelectual, caja 3, carpeta 4.

ideológica. Para liberales y comunistas éstos eran aparatos subsidiarios de un proyecto mayor que perseguía el control político y económico del Estado, lo que seguramente, insistía Romero, iría en detrimento de los intereses de clase de los trabajadores. Su marcada desconfianza respecto de los partidos políticos de toda índole, tenía una explicación en su concepción particular sobre el carácter y papel histórico del sindicalismo. Así lo expresó en la ya comentada conferencia de 1933 cuando invitó a las trabajadoras domésticas a vincularse al recién creado sindicato, puesto que este sería:

un lugar donde irán a dormir cuando sean botadas de las casas, en donde puedan dejar a guardar sus cosas, será una escuela de cultura y de aprendizaje, un centro social a donde van a aprender a trabajar y ante todo y por sobre todo una organización sostenida y administrada única y exclusivamente por las propias sirvientas sin intervención extraña a su misma clase, que lleva en sus venas sangre trabajadora explotada y vilipendiada.²²

Algo quedaba claro en su pensamiento: el sindicato era la única institución garante de los trabajadores; el lugar ideal para la convivencia entre iguales y el espacio privilegiado para el florecimiento de una conciencia de clase; concepto que en esta época Juan de Dios Romero utilizaba en forma descriptiva sin apelar a referentes teóricos específicos, pero que sin duda estaba orientado a subrayar las grandes diferencias en la calidad de vida que existía entre los empresarios y los políticos de los partidos tradicionales, a quienes solía incluir en un solo grupo social dominante, respecto a los trabajadores mal pagados y poco organizados, los dominados. El «actual sistema social», decía, divide a «la humanidad en dos clases: la explotada y la explotadora, la que trabaja y la que vive del trabajo ajeno».²³

IGNACIO TORRES GIRALDO Y LA ACCIÓN COLECTIVA DEL PARTIDO COMUNISTA DE COLOMBIA

Torres Giraldo regresó a Colombia en abril de 1934 luego de una larga travesía desde Moscú pasando por Berlín, Bruselas y París. Su estadía en la Escuela Internacional Leninista (EIL) terminó en la primavera de 1933, cuando aprobó los exámenes habituales que el Partido Comunista de la URSS aplicaba a los colectivos soviéticos. En estas evaluaciones se comprobaban habilidades políticas y conocimientos teóricos-prácticos de la experiencia bolchevique, práctica que Torres describe como habitual en los planes quinquenales de Stalin, y en la cual participaban los estados mayores del partido y una amplia gama de actores sociales entre los que se contaban: obreros, maestros, estudiantes, operarios, funcionarios base de las instituciones soviéticas, entre otros. De estas jornadas

22 «Problemas de las trabajadoras domésticas», 1933, Fdo. Juan de Dios Romero, Producción intelectual, caja 3, carpeta 3.

23 *Ibid.*

dijo aprender la importancia de la evaluación permanente de la acción política de los militantes en todos los niveles del partido y su incidencia en el orden social deseado (Torres, 2005: 230).

En la década de 1920 Lenin ya había insistido en la importancia de los sindicatos como «una necesaria escuela de comunismo, una escuela preparatoria de los proletarios para la realización de su dictadura, la asociación indispensable de los obreros para el paso gradual de la dirección de toda la economía del país a manos de la clase obrera» (Lenin, s. a: 37-38). Es evidente que Torres, como buen alumno, le otorgó centralidad al partido como forma privilegiada de organización política de los obreros, algo que fue determinante en la acción colectiva que promovió en años posteriores.

Respecto a la llegada de López Pumarejo a la presidencia de Colombia, Ignacio Torres mantuvo una posición de doble faz. Por un lado, López representaba un tipo de progresismo liberal necesario para la creación de instituciones y caminos de participación e integración al sistema político de otras formas de organización social; «es decir, de una república de leyes en una sociedad civil no interferida y mucho menos supeditada por el derecho teocrático-feudal» (Torres, 1974; 24). Sin embargo, es claro que nunca confió plenamente en las declaratorias revolucionarias de los liberales. Tenía una interpretación del liberalismo colombiano y sus variantes como agrupaciones heterogéneas predominantemente capitalistas; una familia política amplia y versátil, que a razón de su propia naturaleza difícilmente lograría diseñar un proyecto estable y beneficioso para los trabajadores.

El Partido Comunista insistió en una táctica promovida por la Komintern conocida como Frente Único del Proletariado, «que en concreto se traducía en una lucha sin cuartel contra las organizaciones populares que no fueran comunistas» (Archila, 1991; 281); y que en estos años se proponía menguar y desprestigiar al Partido Liberal, el unirismo y sus aliados, pues estos amenazaban con fortalecerse cada día más con el respaldo de actores sociales que buscaban soluciones efectivas y prontas a sus conflictos con los empresarios y los latifundistas, así como sucedía con Juan de Dios Romero al frente de los vendedores ambulantes de loterías y las obreras cajetilleras de Bogotá.

De cualquier forma, la clave del éxito para Torres Giraldo estaba en la estricta formación ideológica de los cuadros del Partido y la adquisición del hábito del *mea culpa*, algo que creía indispensable en el quehacer de todo buen comunista. Esto quedó plasmado en dos artículos de septiembre de 1934 y que quizá, sean sus dos primeros escritos en calidad de secretario general de esa organización, cargo que asumió ese mes en el Tercer Pleno Ampliado del Comité Central del Partido Comunista de Colombia.²⁴ En el primero de ellos titulado: «La lucha ideológica. Cuestiones de autocrítica», advertía

24 Atribuyo estos artículos a Ignacio Torres pues es bastante probable que el seudónimo «Paul Farina», con el que aparecen firmados, hiciera honor al nombre que utilizó por espacio de cuatro años en la URSS, donde se le conoció como «Paul Cano». Este dirigente utilizó varios seudónimos a lo largo de su vida. Quizás su decisión de quitar el «Cano», el apellido de la que en 1928 era su compañera de lucha, la

sobre el peligro «de la vergüenza pequeño-burguesa que impide declarar abiertamente el error cometido» por un temor a la pérdida de prestigio o la credibilidad frente a los movimientos sociales.²⁵ En el segundo, rechazó de manera enérgica algo que llamó «el parlamentarismo», una preocupante tendencia de los militantes a afectar el trabajo práctico del partido en las organizaciones obreras con el uso inadecuado de la palabra, algo que, según su criterio, solía reemplazar las tareas concretas de formación ideológica entre los trabajadores y constituían un síntoma de la permanencia de formas políticas anticuadas, mismas que se proponía erradicar completamente. Textualmente anotaba Torres Giraldo:

todo esto significa no solamente que varios camaradas dan casi toda su importancia a la fabricación de discursos; no solamente que no saben apreciar cuándo y dónde es preciso hablar más o menos en extenso; no solamente que prefieren la línea oportunista de cubrirse con discursos cuando el trabajo práctico, sistemático y menudo reclama el cumplimiento y sobrecumplimiento de sus planes sino que marchan bajo el peso de la influencia parlamentaria de los enemigos de clase [...] Fue muy característico del periodo del socialismo revolucionario hacer discursos largos. Pero a pesar de que entonces tenía lugar el momento de la agitación y la propaganda, tal característica expresaba la mezcla de clases y de ideologías del Partido Socialista Revolucionario.²⁶

Si nos detenemos a pensar en las implicaciones conceptuales de estas formulaciones, destaca algo central que permite imaginar la concepción que Ignacio Torres tenía sobre el trabajo político y las nuevas formas de acción colectiva que debía propiciar el PCC: esta directriz intentaba romper con el pasado común de los revolucionarios comunistas y liberales colombianos, mismo del que Torres Giraldo hacía parte. Perfila un deslinde de la izquierda comunista que se proyecta al futuro dejando atrás las formas políticas «burguesas» promovidas por el bipartidismo y sus variantes. Sin duda, en estos análisis sobre la relación partido-sindicato subyacen las explicaciones de los ataques del PCC a otras formas de organización y defensa de los trabajadores durante el periodo ultraizquierdista que antecedió al Frente Popular, denominado el tercer periodo.

Esto explica el tono de la prensa institucional del PCC, quien describía a Juan de Dios Romero como díscolo, anarquista, liberal, amarillo, agente patronal, saboteador profesional y hasta se le acusó de policía. Entre 1934 y 1935 esa organización sostuvo una campaña ruidosa que tenía por objeto reducir la labor de abogados sindicalistas liberales y socialistas. Pareciera que Juan de Dios Romero era la antítesis de las enseñanzas de Lenin. En estos años se acercó al «liberalismo de izquierda» y a un tipo de socialismo independiente que, como se vio anteriormente, agrupó a antiguos anarcosindicalistas y socialistas opositores al PCC. De cualquier forma, no cabe duda de que gran parte de la

también dirigente María Cano, se deba a la persecución que entre 1930 y 1933 ese partido emprendió contra los principales dirigentes del desaparecido PSR. Véase Schelchkov (2016: 245).

25 «La lucha ideológica. Cuestiones de autocrítica», *El Bolchevique*, 08 de septiembre de 1934.

26 «Lucha ideológica. Parlamentarismo», *El Bolchevique*, 22 de septiembre de 1934.

irritación que Romero causaba en el Partido Comunista fue producto de una promoción vigorosa de la organización sindical y la simpatía que ganó entre una gama amplia de trabajadores explotados.

Veamos algunas evidencias que permiten sustentar esta idea: en enero de 1935 el periódico *El Bolchevique*, órgano central del PCC, publicó una noticia en la que acusaba a Juan de Dios Romero de vender los puntos más importantes del pliego de peticiones del Sindicato de Paños Colombia, una importante empresa textil de Bogotá. Según los comunistas las propuestas del patrón «en lugar de ser rechazadas fueron acogidas por Romero», quien influyó directamente a las obreras para retirar el punto donde se solicitaba el aumento del 40% de los salarios; burlando las aspiraciones del sindicato y dejando al «patrón satisfecho con los servicios de Romero, mismo que cobró a la empresa Bavaria \$ 60-00 por impedir la huelga de Alemania».²⁷ Campañas similares aparecieron en meses posteriores a propósito del trabajo de Juan de Dios en otros sindicatos. Por ejemplo, en febrero se le acusó de atentar contra el Frente Único cuando, paradójicamente, proponía la unificación del Sindicato de Obreras Cajetilleras de Bogotá y el Sindicato de Fósforos El Ruiz, este último mejor organizado y con personería jurídica;²⁸ o las acusaciones de supuestos vínculos truculentos de Romero con el unirismo y lo perjudicial que esto resultaría para la lucha de las obreras del también sindicato femenino de la fábrica de textiles Monserrate.²⁹

De cualquier manera es difícil creer totalmente en la versión de los comunistas; pues se trataba de información que, como sabemos por la evidencia de la acción colectiva de los sindicatos asesorados por Juan de Dios, es imprecisa y taimada. Es indudable que las obreras eran vistas por el Partido Comunista como actores fácilmente manipulables por ese dirigente, sin embargo es importante señalar que no era extraño encontrar en estos sindicatos liderazgos femeninos destacados y con amplio reconocimiento entre los trabajadores, algo que seguramente hubiese impedido, o al menos limitado, los manejos truculentos de los que se le acusaba a Romero. Un buen ejemplo de esto fue Elisa Tavera, integrante del mencionado Sindicato de Paños Colombia. Mujer con gran capacidad oratoria y representante habitual del proletariado femenino de la capital.

Durante la celebración del 1° de mayo de 1935 se puede ejemplificar la participación de Tavera al frente de su sindicato. Junto con Torres Giraldo y otros dirigentes obreros comparecieron ante centenares de trabajadores congregados en la Plaza de Bolívar de Bogotá. La primera en hablar fue Tavera, con un discurso bastante radical en el cual declaró que: «a las congregaciones de María, debemos oponer los sindicatos femeninos revolucionarios». También señaló «que si los hombres no eran capaces de luchar por su

27 «La traición a Paños Colombia», *El Bolchevique*, 12 de enero de 1935.

28 «Lucha de las Cajetilleras. Asquerosas maniobras de Romero, Villaveces y Ocampo», *El Bolchevique*, 02 febrero de 1935.

29 «Nueva lucha en Monserrate. Maniobras de Romero en favor de los patronos», *El Bolchevique*, 02 de febrero de 1935.

bienestar y su libertad, ellas sí eran capaces, dándole el ejemplo al sexo masculino». Poco después y llegado el turno de Torres Giraldo éste se dirigió a la multitud estableciendo puentes discursivos entre el PCC y las necesidades de los trabajadores; declaró que él no era un líder cualquiera de un partido convencional, sino el representante de una organización que tenía sentido sólo si servía de guía y orientación a los trabajadores.³⁰

Retomando los artículos de Torres Giraldo, en su concepción los militantes asumían toda la responsabilidad del éxito del PCC en su propósito de «pasar de un partido de agitación y propaganda a un partido de organización de masas», por lo que creía que el principal problema era la sofisticación del método de trabajo en los sindicatos que, finalmente, permitirían a los militantes comunistas imprimir «un carácter político a las huelgas».³¹ Esto también significaba rechazar cualquier tipo de arbitraje de las instituciones reguladoras y la presencia de dirigentes que recurrían a ellas, pues:

lo más importante es que cada obrero se dé cuenta, basándose en la experiencia de la lucha, de que el Estado defiende a los patronos contra los obreros, de que la justicia, la prensa, la iglesia y otras instituciones fuera de las clases, se hallan al servicio de los patronos, y de que cada conflicto económicamente importante plantea la cuestión: clase contra clase.³²

Un ejemplo claro de este tipo de acción colectiva fue la creación del Comité Central de Huelga de los trabajadores bananeros de la United Fruit Company, en 1934. El Partido Comunista insistió en que los obreros se organizaran en células y propuso que la dirección de las huelgas y las negociaciones fueran promovidas por los propios trabajadores y se establecieran contactos directos con los patronos, evitando que se insertaran mediadores políticos muy similares al tipo de actor social que condensa Juan de Dios Romero en su trayectoria. En un instructivo, Torres Giraldo dejó ver su desconfianza sobre la naturaleza de las leyes obreras y advirtió del peligro de que los comunistas sufrieran de «legalismo», pues:

toda ley o decreto que tienda a favorecer a los trabajadores no es el resultado del buen corazón de los legisladores y autoridades patronales, no es el resultado de la justicia social como los reformistas lo pretenden demostrar. Esas leyes y esos decretos son el resultado de la presión, de la actividad de las masas que luchan en todo el país y todo el mundo por arrebatar algunas de sus más sentidas reivindicaciones. Pero el hecho de que la ley o el decreto estén dictados no significa que se apliquen: después de esto es necesario que las masas presionen a fin de que se apliquen.³³

30 «Combativa demostración del proletariado bogotano», *El Bolchevique*, 04 de mayo de 1935.

31 «Lucha ideológica. Parlamentarismo», *El Bolchevique*, 22 de septiembre de 1934.

32 «Sobre los métodos para dar un carácter político a las huelgas», *El Bolchevique*, 13 de abril de 1935.

33 «Comité Central de la Zona Bananera», diciembre de 1934, Fdo. Ignacio Torres Giraldo, Comunicados, Caja 1, Carpeta 6-A.

Si se parte de las premisas de Torres Giraldo y el Partido Comunista es lógico pensar que a los trabajadores les sobraban razones suficientes para romper con su condición de sobreexplotación. Genuinamente y lejos de cualquier demagogia tramposa, este dirigente creía en el advenimiento de una nueva patria de los trabajadores en una sociedad equitativa que rompiera con su pasado colonial. Sin embargo, no siempre fue así y las necesidades más inmediatas de los obreros que sólo podían resolverse en el *hoy y el ahora* como: el aumento de unos cuantos centavos en los salarios, la seguridad de conservar su empleo en una cultura empresarial autoritaria y en proceso de aprendizaje a propósito de nuevos tipos de relación obrero-sindicato-patrón o, simplemente, la imposibilidad de romper los contratos psíquicos que en no pocas ocasiones se traducían en relaciones de compadrazgo entre patrones y obreros, aspecto subjetivo poco apreciado por los comunistas, fueron variables que incrementaron la complejidad de los itinerarios de la acción colectiva impulsada por ese partido.

Pero no eran imposibles las ideas de Torres Giraldo. El 9 de abril de 1935 estalló la huelga general de los trabajadores de Bavaria y Fenicia, misma que fue presentada por los comunistas como un ejemplo de la acción sindical revolucionaria. Entonces Bavaria era el más importante consorcio cervecero del país. Contaba con capital internacional de empresarios holandeses y era representada en Colombia por la familia Kopp. Desde 1930 esa firma había iniciado un proceso de crecimiento acelerado que le permitió eliminar competidores con la compra de otras empresas cerveceras, como: la Cervecería Continental, de Medellín; Colombiana de Cervezas, de Manizales; y Cervecerías Unidas de Colombia, de Cali; ampliando así sus plantas en todo el país y dominando ampliamente el mercado de las bebidas alcohólicas industriales (Plano, 2011).

La huelga estalló cuando los trabajadores radicalizaron antiguas demandas. Entre lo que solicitaban estaba: la contratación de nuevos médicos y la remisión de obreros enfermos a hospitales; la reintegración a su puesto de trabajadores despedidos de las fábricas de Barranquilla y Zipaquirá; así como la cesión de un espacio en la fábrica para levantar la oficina del sindicato.³⁴ Días antes de la huelga se sumó al pliego la exigencia del reconocimiento de los choferes de los camiones surtidores como obreros de la compañía. Y al ser atendidas las demandas sólo parcialmente, los obreros ocuparon las instalaciones tomando control de la maquinaria; obligando así a las directivas a estudiar el pliego de peticiones del sindicato. Luego de dos días de resistencia las directivas de Bavaria accedieron al reconocimiento formal de los choferes.³⁵ También la empresa se comprometió a proporcionar delantales y zapatos nuevos para los fogoneros, atención médica para obreros enfermos y modestos incrementos salariales de diez centavos para los rancheros.³⁶

34 «Un nuevo triunfo en Bavaria», *El Bolchevique*, 17 de marzo de 1935.

35 «Bavaria y Fenicia en poder de los obreros», *El Bolchevique*, 13 de abril de 1935.

36 «Terminó ayer la huelga. Antes de cumplirse el plazo los obreros abandonaron las fábricas», *El Tiempo*, 11 de abril de 1935.

A diferencia de las huelgas asesoradas por Juan de Dios Romero durante el año de 1935, aparece una forma contenciosa de acción colectiva poco habitual en los obreros urbanos de la época y que anunciaba la radicalización de la protesta social en el gobierno de López Pumarejo. No era común que los obreros ocuparan los edificios y tomaran control de la fábrica hasta lograr la solución de sus demandas. De hecho en una comparación un tanto excesiva y que tenía como objetivo elevar el fervor revolucionario, el PCC comparó la huelga de Bavaria con las movilizaciones de los trabajadores de las bananeras de 1928.

A diferencia de la primera etapa de la huelga, los militantes comunistas garantizaron una movilización con altas dosis de trabajo práctico y sacrificio. Esto lo entendió muy bien Torres Giraldo, quien años después recordó la huelga como un suceso «realmente sorprendente, ¡Los obreros ocupan las fábricas!», exclamó (1974; 41-42). También la prensa comunista relató con heroísmo los detalles de la acción colectiva promovida por los dirigentes Luis Vidales, José Pérez y Eduardo Garzón, quienes iniciaron una huelga de hambre en protesta por los atropellos contra los trabajadores, rechazaron la intervención de la Oficina General del Trabajo y luego se enfrentaron físicamente con la policía hasta finalmente ser reducidos a prisión. El objetivo principal de la propaganda era ejemplificar lo que se entendía por trabajo práctico y orientar al grueso de su militancia en sus futuros trabajos sindicales; y así superar en la experiencia el «parlamentarismo» del que hablaba Ignacio Torres.³⁷

DOS MEMORIAS SOBRE LOS INTENTOS DE UNIDAD EN LA ANTESALA DEL FRENTE POPULAR

A pesar de la insistencia de Ignacio Torres de defender un Frente Único del Proletariado, la táctica iba a cambiar muy pronto. El contexto político internacional permitía cada vez menos la existencia de proyectos revolucionarios excluyentes. Mientras el Partido Comunista de Colombia adelantaba campañas de desprestigio contra dirigentes y organizaciones populares no comunistas, se prepararon las bases del VII Congreso Internacional de la I.C., celebrado en agosto de 1935. En las conclusiones de ese evento, Georgi Dimitrov, secretario general de la Komintern, instó al trabajo conjunto y la conformación de un frente antifascista que incluyera «a la socialdemocracia a los sindicatos reformistas y a las demás organizaciones de masas», a fin de evitar el fortalecimiento de las fuerzas de extrema derecha (2001: [s.p.]).

Así el PCC reactivó un viejo proyecto que pretendía organizar una Confederación Nacional que retomara el trabajo político del Comité Nacional Sindical que funcionaba desde 1932. Esto, sumado a la presión nacional e internacional que demandaba unidad

37 «Bavaria y Fenicia en poder de los obreros», *El Bolchevique*, 13 de abril de 1935.

de las fuerzas populares, aceleró definitivamente esa iniciativa. Importantes organizaciones de influencia comunista como los sindicatos de Bavaria y la Tropical Oil Company «exigían objetivamente la coordinación de la solidaridad y demandaban la unidad de la acción sindical», esto, en consonancia con la experiencia del movimiento obrero europeo que demostraba que la junta antifascista con líderes socialdemócratas no arriesgaba la independencia ideológica de los comunistas, «antes bien, abrían posibilidades a la clase trabajadora para constituirse en un factor político decisivo en los respectivos países» (Medina, 1980; 253-254).

El 7 de agosto de 1935 terminó la reunión del Primer Congreso Nacional del Trabajo que dio como resultado la fundación de la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), la primera y más importante central de trabajadores de ese país.³⁸ Sobre este hecho existen dos memorias opuestas. Por un lado, en *Los inconformes* Ignacio Torres Giraldo comenta de manera muy sutil la presencia de líderes reformistas de Bogotá, «voceros gremiales apolíticos a veces con ambiciones electorales realmente», que proponían una dirección de «dirigentes profesionales», «asesores jurídicos» y «amigos de los sindicatos»; posición que describe como inviable y paternalista por considerar que los obreros no estaban capacitados para dirigir sus propias organizaciones. En cambio, subraya el papel decisivo que en el congreso tuvo el Partido Comunista y la corriente «revolucionaria clasista» –de la cual se autoproclamó representante– que se encarnaba en las delegaciones de obreros de empresas vinculadas directamente con las economías de exportación y transportes: destacaban los «ferroviarios, choferes de plaza y carreteras, braceros portuarios y tripulantes del río Magdalena, petroleros de Barrancabermeja y trabajadores de la zona bananera» (Torres, 1974; 59)

Treinta años después de los escritos de Torres, en *Historia del Partido Comunista de Colombia* (1980), el historiador Medófilo Medina, profesor universitario formado en la URSS y reconocido militante del PCC, recurrió a adjetivos similares a los utilizados por ese líder para describir la presencia de grupos políticos no comunistas en la fundación de la CTC. Indudablemente la rigurosidad y profesionalismo del profesor Medina y la documentación especializada con la que contó, hacen de este libro, aún hoy en día, una consulta obligada de estudiantes, profesores e investigadores interesados en la historia política contemporánea de ese país. A través de sus páginas es posible acceder a las principales discusiones de los congresos, plenos y reuniones de esa organización entre 1930 y 1950, así como fuentes hemerográficas inéditas, muchas de ellas inexistentes o incompletas en las colecciones de las bibliotecas colombianas.

Sin embargo, la obra se publicó con motivo de la conmemoración del quincuagésimo aniversario de fundación del PCC, por lo que no es ajena a hábitos de pensamiento que tuvieron los comunistas sobre la acción colectiva que impulsaban otras agrupaciones

38 El nombre original de esta organización fue Confederación Sindical de Colombia (CSC). Luego cambió su nombre a Central de Trabajadores de Colombia (CTC). Utilizaré el último nombre por ser el más habitual en la literatura académica y el lenguaje de los actores sociales.

y militantes de la izquierda colombiana, que por lo general eran descritas como desviadas o incorrectas. Sirva de ejemplo la descripción que Medina hace sobre la presencia de Juan de Dios en el congreso y el carácter de los sindicatos que representaba, que, con todo, es mucho más generosa que la omisión consciente de Ignacio Torres sobre el papel de Romero en el movimiento obrero, en general, y su aporte a la fundación de la CTC, en particular. Textualmente cita Medina:

la corriente reformista apolítica reconocía en Juan de Dios Romero su orientador ideológico. Romero actuaba desde los años veinte en el movimiento sindical, había logrado organizar algunos sindicatos, especialmente de textiles en Bogotá, mantenía una vaga alianza con el dirigente agrario del Sumapaz: Erasmo Valencia (1980; 256).

En contraste, Juan de Dios Romero relata una versión distinta de la fundación de la CTC. En 1947 escribió una detallada crónica al respecto donde aclaró que días antes del congreso llegaron a Bogotá delegaciones obreras de todo el país, quienes recibieron con asombro la noticia de la cancelación del evento. Tiempo después se supo que Eduardo Santos –jefe liberal y futuro presidente de Colombia– había ordenado a Hernando Vega Escobar, secretario del Comité de Sindicalización de la Casa Liberal, cancelar la asamblea para impedir que las organizaciones de izquierda instrumentalizaran el evento. Esta situación fue aprovechada por las obreras cajetilleras que Romero asesoraba, quienes utilizaron todos los ahorros del sindicato –aproximadamente 80 pesos– y convocaron a las delegaciones asistentes a una fiesta en el teatro del barrio Ricaurte, con el propósito de reprogramar la reunión para el día 10 de agosto. Finalmente la asamblea tuvo lugar ese día en un salón alquilado en la gobernación de Cundinamarca.

El relato detalla que en la reunión se configuraron tres tendencias que hicieron parte integral de la fundación de la CTC: la liberal, la comunista y la «sindicalista»; esta última, expresión habitual que Romero utilizaba para definirse ideológicamente, pues decía trabajar «por el sindicalismo y para el sindicalismo». Pero, sin dejar de reconocer el hecho excepcional de que por primera vez las distintas corrientes de la izquierda colombiana conformaran una dirección confederada, es interesante la descripción que hace Romero de Torres Giraldo, a quien describe como burocrático y alejado de las dinámicas cotidianas de los trabajadores.³⁹ Y si bien no estoy de acuerdo en todo lo que dice Romero, pues la evidencia documental demuestra que entre 1934 y 1935 Torres Giraldo estuvo al frente de varias huelgas en sectores estratégicos de la economía, su descripción específica muy bien varias dimensiones de la trayectoria de este dirigente, que, sin duda, experimentó la política de los años treinta en distintos niveles del ordenamiento social: hizo parte de redes políticas internacionales de la Komintern; compitió por cargos de elección popular y mantuvo importantes relaciones con políticos liberales y conservadores; fue orientador de la militancia del PCC y estrategia político.

39 «El origen de la CTC», *América*, agosto de 1947.

Esto estuvo acompañado de declaraciones de apoyo de buena parte de las organizaciones campesinas y el apoyo de un sector importante del Partido Liberal al programa reformista de López Pumarejo, que, no obstante, enfrentó la oposición directa de un grupo de empresarios e industriales colombianos agrupados en dos organizaciones: la Acción Patriótica Económica Nacional (APEN) y la Federación Nacional de Cafeteros, presidida por el conservador Mariano Ospina Pérez; ambas rechazaron de forma enérgica cualquier intento de reforma agraria y control fiscal del gobierno a sus empresas (Pécaut, 1973; 141-142). También se opusieron los conservadores leopardos y el laureanismo corporativista muy cercano al falangismo español.⁴⁰

De esta forma empezó el Frente Popular en Colombia, en un clima tenso al interior de la izquierda, con la amenaza de grupos reaccionarios con gran poder económico y con un aumento vertiginoso de la protesta social. En lo que respecta a nuestros dos personajes, la desconfianza mutua ya había echado raíces. Romero confiaba exclusivamente en el sindicato como forma de organización social y arma de lucha política de los trabajadores sobreexplotados. Por su parte, Torres no abandonó su crítica a lo que consideraba izquierdas reformistas no revolucionarias y mantuvo relaciones ambiguas con el Partido Liberal, que seguía reproduciendo viejos hábitos bipartidistas que minaron la confianza de las izquierdas en las instituciones del Estado. Por ejemplo, el PCC enfrentaría sin éxito la consumación de un vergonzoso fraude electoral que finalmente impidió que Torres Giraldo tomara su curul en la Cámara de Representantes, cargo para el que había sido elegido en las elecciones parlamentarias de mayo de 1935.

Para cerrar, veamos dos pasajes que ejemplifican lo inmediatamente formulado. En marzo de 1936 Juan de Dios Romero publicó en el periódico *Pluma Libre*, una nota en la que se mostró desconfiado y apático respecto de la alianza promovida por el Partido Comunista. Las sucesivas campañas de desprestigio de ese partido para con otras organizaciones populares y sus dirigentes cortaron cualquier tipo de alianza real. De hecho, en casos puntuales el conflicto llegó a niveles de agresión física, como le sucedió a Romero con un grupo de lustrabotas que fueron alentados con chismes a golpearlo en una calle del centro de Bogotá. Por lo que se preguntaba en tono irónico si:

¿vamos hacia ellos o ellos vienen hacia nosotros a trabajar sinceramente o apenas se han dado el santo y seña de infiltrarse entre la masa, y luego sacársenos a codazos, alegando al final, lo mismo que cuando militaban al lado opuesto rasguñándonos el rostro y tiznándonos de los epítetos de uso común y corriente?⁴¹

También en *Pluma Libre*, sólo unos meses después del artículo de Romero, Ignacio Torres respondió enérgicamente al doctor Víctor Aragón, líder liberal de la ciudad de

40 Para comprender la complejidad de las facciones al interior del conservatismo colombiano consúltese la biografía política del «leopardo» Gilberto Álzate Avendaño. Véase Ayala (2007).

41 «Las fuerzas revolucionarias unificadas contra el actual sistema», *Pluma Libre*, 21 de marzo de 1936.

Popayán, porque en un artículo criticó el «dogmatismo» marxista. Consideraba Torres que Aragón pretendía desarrollar una idea vacía de un izquierdismo sin lucha de clases. En su descarga, lo describió como un enemigo del proletariado que se proponía «demostrar que el marxismo es irrealizable, es decir utópico, y que los textos soviéticos citan a Marx para engañar al pueblo». ⁴² En otras palabras, emana de la escritura de Torres un intento de corrección de método; una especie de aleccionamiento que pretende educar a ese *otro* malicioso o ignorante, pues «la única doctrina que salvará al mundo de la opresión, de la explotación, del hambre, de los odios y las guerras, pueden ser desviadas o al menos tocadas por la duda sobre los principios y tácticas marxistas-leninistas». ⁴³

DOS TRAYECTORIAS BIOGRÁFICAS, DOS TRADICIONES DE LA IZQUIERDA EN COLOMBIA

Según Enzo Traverso, Marx teorizó sobre la emergencia de un nuevo tipo de revolución que se diferenciaba de las anteriores revoluciones burguesas en tanto se nutría de las derrotas sucesivas de los oprimidos desde 1848 hasta la Comuna de París; una dialéctica que proyectó una contramemoria que «debería concentrarse en la felicidad sepultada de la humanidad y asociarse a la utopía como una promesa de libertad». De ahí el peligro de confundir lo que hoy puede parecer dogmatismo marxista, con un intento por «rememorar el futuro». Para esta tradición la memoria «debía ser educada y forjada en oposición a una sociedad de clases» (Traverso; 2018; 136).

Esta es la tradición de la que hizo parte Ignacio Torres Giraldo. El marxismo-leninismo que caracterizó a este dirigente en los años treinta, como un tipo de socialismo economicista, orientó su interés a un sector de la clase obrera colombiana que tenía vinculación estrecha con las economías de exportación –banano, petróleo, transportes, bebidas–; una especie de vanguardia llamada a conseguir un nuevo pacto social que reposicionara el lugar de las categorías capital y trabajo, como primer paso para una futura supresión de las clases sociales. Y en esta perspectiva las transformaciones estructurales sólo eran posibles con el liderazgo centralizado del Partido Comunista en los sectores mejor organizados del proletariado: aquellos que reproducían el capital y poseían espacios de socialización más establecidos dentro de las grandes empresas.

Esto explica porque entre 1933 y 1935 el PCC privilegió formas de acción colectiva contenciosa que dieron centralidad al partido, rechazaron sistemáticamente el diálogo con los empresarios y combatieron la influencia de asesores sindicales en la toma de decisiones al interior de las organizaciones obreras, pues buscaba preparar a los trabajadores para la lucha de clases, paralelo que estos arrancaban de los capitalistas sus

42 «El frente teórico», *Pluma Libre*, 05 de diciembre de 1936.

43 *Ibid.*

derechos sociales y económicos. La insistencia en la formación ideológica de los militantes buscaba crear nuevos repertorios de acción colectiva que superaran los pactos bilaterales entre patrones y obreros que, en su interpretación, sólo garantizaban el *statu quo* de los empresarios y aplazaban innecesariamente la construcción de una nueva sociedad y un nuevo tipo de individuo empoderado y solidario que surgiría sólo del combate cotidiano y el escalamiento gradual del conflicto entre las clases sociales.

En cambio, Juan de Dios Romero hizo parte de una práctica mucho más diversa. En su trayectoria en los años treinta queda claro que el sindicato es una forma de organización social autónoma que permitía el mejoramiento de la calidad de vida de los trabajadores independiente de cualquier entronque partidista y la intervención del Estado, idea que tiene una larga tradición en pensadores como Proudhon y Bakunin. El primero, con gran autoridad entre los pensadores socialistas y los colectivos artesanales europeos de la segunda mitad del siglo XIX, pudo influir en el enfoque mutualista y autogestionario de las acciones colectivas promovidas por Romero, que propendían la creación de cajas de ahorros, seguros y casas financiadas por las trabajadoras del servicio doméstico, las obreras de las fosforeras y los vendedores ambulantes. También se advierte en su pensamiento una concepción proudhuniana de la revolución como un cambio cultural y social que promueven los obreros por medio de «sus experiencias, sus medios y sus capacidades», sin la guía de una *intelligentia* o vanguardia revolucionaria que oriente al movimiento obrero (Díez, 2016; 82).

Del Bakuninismo,⁴⁴ resalta su desconfianza en la política representativa y el papel estratégico del Estado en la revolución; dos dimensiones positivas en las tesis revolucionarias del marxismo-leninismo que concebía la toma del poder del Estado, primero, y la dictadura del proletariado, después, como un proceso dialéctico de la historia universal donde el proletariado construiría una sociedad comunista sin clases sociales (Cappelletti, 1986; 62-68). En el socialismo de Juan de Dios Romero importa más la autonomía de los trabajadores y la búsqueda de la libertad como condición fundamental de todo proyecto revolucionario. Y esta libertad se buscaba en la defensa del derecho de sindicalización que otorgaban las leyes de 1931; el rechazo sistemático a los intentos de instrumentalización política de los partidos Liberal y Comunista; y la lucha por salarios justos que garantizaran la dignidad humana de los obreros y no sólo la maximización de las ganancias de los empresarios. En ese orden de ideas este dirigente se veía así mismo como una pieza articulada de la lenta pero imparable transformación de las relaciones sociales capitalistas; un mediador político, un facilitador que puso al servicio de los trabajadores sus conocimientos en derecho laboral.

44 En algunos discursos Romero cita directamente a Bakunin, en especial, cuando subrayó los peligros de la religión entre los obreros y los pactos entre la Iglesia católica y los partidos políticos. Véase: «Discurso pronunciado por Juan de Dios Romero en la peregrinación socialista del domingo pasado», *El Socialista*, 25 de marzo de 1920.

CONSIDERACIÓN FINAL

En definitiva, una biografía comparada es relevante por dos razones centrales. Primero, porque en un estudio de este tipo aparecen los énfasis, omisiones y silencios elocuentes que los sujetos construyeron a lo largo de sus trayectorias y que, de alguna manera, como sucede en el caso concreto de los archivos personales de Torres y Romero, tienen el propósito de contar una «historia oficial de sí mismos», así la comparación diluye en parte lo que algunos autores han denominado la ilusión biográfica. También es posible por medio del giro biográfico la transformación de hábitos de pensamiento establecidos de lo que fueron determinados actores sociales; pues la multiplicidad de la experiencia política permite comprender las trayectorias en dimensiones más amplias, que vistas de forma individual aparecen como contradictorias, marginales o hegemónicas respecto a historiografías escritas por militantes o simpatizantes de organizaciones que fueron actores principales de la historia que ellos mismos narran, o la historia oficial que muchas veces hace eco de la memoria de los vencedores.

Y segundo, porque la biografía comparada como metodología que dialoga transversalmente con tradiciones académicas tan ricas como la sociología del individuo; las teorías de la acción colectiva y los movimientos sociales; y la historia social y política contemporánea, aspira a superar el cotejo de las semejanzas y las similitudes como único propósito de la comparación, para concentrarse en el conflicto social como vaso comunicante de las historias paralelas de la izquierda latinoamericana. En el caso concreto de Romero y Torres, a pesar de que ambos se enfrentaron a enemigos comunes y compartieron propósitos de transformación social, expresaron su rebeldía con recursos culturales y políticos heterogéneos. En pocas palabras, el orden social al interior de la izquierda no fue uniforme sino objeto de lucha política. Ahí reside gran parte del potencial epistemológico de la comparación, pues tiene la gran fortuna de dinamizar y sedimentar a la vez, la experiencia política en términos de lo que Norbert Lechner ha denominado «la conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado» (1984: 30).

BIBLIOGRAFÍA

Documentos

Fondo Juan de Dios Romero. Archivo General de la Nación, Bogotá.
Fondo Ignacio Torres Giraldo. Universidad del Valle, Cali.

Hemerografía

América, Bogotá (1947)
El Crisol, Cali (1958)
El Socialista, Bogotá (1920)
El Tiempo, Bogotá (1935).
El Bolchevique, Bogotá (1934-1935).
Pluma Libre, Pereira (1935-1936).
Unirismo, Bogotá (1934-1935).

Libros y artículos

- Archila Neira, M. (1991): *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1945*, CINEP, Bogotá.
- Ayala, C. (2007): *El porvenir del pasado: Gilberto Álzate Avendaño, sensibilidad leoparada y democracia. La derecha colombiana de los años treinta*, Fundación Gilberto Álzate Avendaño, Gobernación de Caldas, UNAL, Bogotá.
- Betancourt, A. (2007): *Historia y nación. Tentativas de la escritura de la historia en Colombia*, La Carreta Histórica, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, Medellín.
- Bolufer, M. (2016): “¿Qué biografía para qué historia? Conversación con Isabel Burdiel y María Sierra”, en Gallego, H y Bolufer, M (eds.): *¿Y ahora qué? Nuevos usos del género biográfico*, Asociación Española de investigación de historia de las mujeres AEIHM (Historia y Feminismos, 10), Icaria, Barcelona.
- Braun, H. (1998): *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, Norma, Bogotá.
- Burdiel, I. (2014): «Historia política y biografía: más allá de las fronteras», *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, 93, pp. 47-83.
- Cappelletti, Á. (1986): *Bakunin y el socialismo libertario*, Editora Minerva, México. DOI: <file:///C:/Users/naveg/Desktop/Bakunin%20y%20el%20socialismo%20libertario.pdf>
- Caro, E. (2017a): «El Partido Socialista Colombiano: tensiones y rupturas en el proceso de definición del socialismo (1919-1924)», en Herrera González, P. (Coord.): *El comunismo en América Latina. Experiencias militantes, intelectuales y transnacionales (1917-1955)*, Universidad de Valparaíso, Chile.

- Caro, E. (2017b): «Marx, marxistas y socialistas en Colombia 1919-1930», tesis para optar al título de Magister en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Díez Rodríguez, F. (2016): *La imaginación socialista. El ciclo histórico de una tradición intelectual*, Siglo XXI, España.
- Dimitrov, G. (2011): «La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo», conclusiones del informe presentado ante el VII Congreso Mundial de la I.C., 2 de agosto de 1935, en *Marxists Internet Archive*. DOI: <https://www.marxists.org/espanol/dimitrov/1935.htm>
- Medina, M. (1980): *Historia del Partido Comunista de Colombia*, t. I, CEIS, Bogotá.
- Lenin, V.I. [s. a]: *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.
- Lechner, N. (1984): *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Santiago de Chile.
- LeGrand, C. (2016): *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*, Universidad de los Andes, Universidad Nacional, CINEP, Bogotá.
- Londoño, R. (2014): *Juan de la Cruz Varela: sociedad y política en la región de Sumapaz (1902-1984)*, Editorial Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Pécaut, D. (1973): *Política y sindicalismo*, La Carreta Editores, Bogotá.
- Pécaut, D. (2001): *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*, Grupo Editorial Norma, Bogotá.
- Plano Danais, R. (2011): «La industria cervecera en Colombia», *Credencial Historia*, 260. DOI: <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-260/la-industria-cervequera-en-colombia>
- Schelchkov, A. (2016): «El marxismo militante: la Escuela Internacional Leninista y los cuadros de la Internacional Comunista en América Latina», *Izquierdas*, 28, pp. 226-247.
- Skocpol, T y Somers, M. (1980): «The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry», *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 22, 2, pp. 174-197.
- Tarrow, S. (1997): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid.
- Tirado Mejía, A. (1979): «Colombia: siglo y medio de bipartidismo», en Arrubla, M. et al., *Colombia hoy*, Siglo XXI Editores, Bogotá.
- Torres Giraldo, I. (1974): *Los inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*, t. V, Editorial Margen Izquierdo, Bogotá.
- Torres Giraldo, I. (2005): *Cincuenta Meses en Moscú*, Programa Editorial Universidad del Valle, Cali.
- Torres Giraldo, I. (2016): *Recuerdos de infancia y Anecdotario*. Programa Editorial Universidad del Valle, Cali.
- Traverso, E. (2018): *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, Fondo de Cultura Económica, Argentina.
- Uribe, M.T. (2015): *Los años escondidos*, Opciones Gráficas Editores, Bogotá.
- Vanegas Useche, I. (2013): «Apóstoles del pueblo. El carácter de los liderazgos revolucionarios en Colombia, 1924-1930», en *Historia y sociedad*, 25, pp. 45-77.